

PREGON DE LA SEMANA SANTA DE MURCIA

**Pronunciado el día 13 de abril en la Iglesia
de San Bartolomé por el Muy Ilustre Sr. D.
Narciso Dols Morales**

No encuentro palabras más acertadas para dar comienzo a este pregón, que las palabras del Señor a Moisés en la montaña sagrada del Sinaí.

De la zarza que arde sin consumirse, brota la divina voz de Yavé, que dice: Moisés, DESCALZATE, porque la tierra que estás pisando es sagrada, es montaña del Señor.

Señoras y señores: Nos estamos acercando a la montaña del Señor: la Semana Santa.

La Palabra del Señor viene a nosotros, como a Moisés, para decirnos: DESCALZAOS, porque la tierra que estáis pisando es tierra sagrada, es montaña del Señor.

Es tierra sagrada, porque es tierra fecunda, tierra regada por la Sangre del Cordero.

“Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, no da fruto, pero si muere da mucho fruto...”

La Semana Santa es la Montaña Sagrada del Señor.

“Mirad que subimos a Jerusalén —dirá Jesús—, donde el Hijo del Hombre será entregado en manos de los pecadores, que lo azotarán, lo crucificarán, pero al tercer día resucitará”.

“Porque lo mismo que Moisés levantó en alto la serpiente, así tiene que ser levantado el Hijo del Hombre, para que todo el que cree en El tenga vida eterna”.

“Porque Dios no mandó a su Hijo al mundo, para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por El”.

Cristo es el grano de trigo que con su muerte y resurrección se convierte para el mundo:
— El Pan vivo bajado del cielo. Y quien lo coma jamás tendrá hambre.

- En agua viva que quien la beba jamás tendrá sed. Y de su corazón brotará como un surtidor que salte hasta la vida eterna.
- En luz verdadera que ilumina a todo hombre. “Mientras estoy en este mundo, soy la luz del mundo”.
- En vida y resurrección para cuantos creen en El. “Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en Mí vivirá para siempre”.

Dentro de escasos días,
 el peregrino de Dios aparecerá en nuestras calles,
 se irá acercando a las gentes,
 acariciando a los niños,
 e irá diciendo a los hombres :

Amigo soy, soy vuestro amigo.
 Sus manos no empuñan armas,
 sus palabras son de vida,
 y llora con los que lloran,
 y muere con los que mueren,
 y comparte su alegría.

Reparte el pan con los hombres,
 a nadie niega su vino,
 y está junto a los que buscan,
 y consuela a los mendigos,
 y aquellos que le contemplan
 contarán a sus vecinos :
 Hay un hombre por las calles
 que lleva una cruz a cuestas
 y consigo va la paz
 la rutina e hipocresía,
 la falsedad... ¡DESCALZAOS!
 y las sandalias que calzamos son sucias y pestilentes :
 La soberbia y la lujuria,
 la mentira y la avaricia,
 la vanidad y la injusticia,
 la pereza y el cansancio,
 la rutina e hipocresía,
 la falsedd... ¡DESCALZAOS!

La Semana Santa es la hora de Dios.
 “Se acerca la hora —dice Cristo a la samaritana—
 en que los que dan culto a Dios lo hagan
 en espíritu y verdad”.

Y esa hora es la hora de la Cruz,
la hora de su muerte y de su resurrección.

“Cuando fuere levantado a lo alto, todo lo atraeré hacia Mí”.

Es la hora de Dios. La Semana Santa es la hora de Dios.

La apertura de Dios.

“Y Jesús dio un fuerte grito y exhaló su Espíritu. El velo del templo se rasgó en dos de arriba abajo; la tierra tembló, las rocas se rajaron, las tumbas se abrieron”.

La Semana Santa es la apertura de Dios.

Cuando muere Cristo, el velo del templo se rompe y hace posible la apertura de Dios, la comunicación entre El y los hombres.

Cuando Jesús muere, el velo de su Cuerpo se rompe para que los hombres puedan entrar más fácilmente a través de esta sagrada puerta.

“Yo soy la Puerta —dice Jesús—. El que entre por Mí, estará a salvo. Podrá entrar y salir y encontrará pastos”.

Cuando Jesús muere, todas las puertas se hacen transitables, todos los cerrojos se vuelven inservibles, todas las rejas resultan inútiles.

Cuando Jesús muere, desaparecen los obstáculos para la comunicación, la acogida y el encuentro.

Cuando Jesús muere, las casas se convierten en templos, las ciudades en Iglesias, y los cuerpos en sacramentos.

La Semana Santa es entrega de Dios.

Un Dios que se da generosamente, que no esconde nada, ni se reserva nada, que no guarda celosamente sus tesoros.

Un Dios abierto para todos. Atrás quedan los privilegios sagrados de castas sacerdotales.

Ya nadie es impuro por naturaleza o por ley, ni hay razas o pueblos con preferencias divinas.

Dios ya no necesita del ministerio de los ángeles, porque todos somos ángeles, y sacerdotes y profetas.

Ya no sirven los velos.

Ya no hace falta esperar el día de la Expiación, ni el sábado ni el domingo.

Todos los días son santos. Todos los tiempos son fuertes,
todas las horas son buenas para el encuentro con Dios.

Su corazón queda abierto para siempre.

Dios está al alcance de la mano.

Abierto de par en par y para siempre.

Se deja ver: "Verán al que traspasaron";

Se deja palpar: "Palpadme y ved".

Se deja penetrar: "Trae tu mano y métela en mi costado";

Se deja compenetrar: "Para que el amor con que tú
me has amado esté en ellos y yo en ellos".

Da comienzo la Semana Santa. Domingo de Ramos.

Una gran muchedumbre de gente, que había venido a
la fiesta, habiendo oído que Jesús estaba para llegar
a Jerusalén, cogieron ramos de palmas,
y salieron a su encuentro gritando:

"¡Hosanna! Bendito sea el que viene
en el nombre del Señor, el Rey de Israel!".

Es el día diez de Nisán, cinco días antes de la Pascua,
la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén
es preludio del triunfo definitivo
sobre la muerte que tendría lugar el domingo siguiente.

La Semana se abre con el símbolo de la Esperanza.

Porque Dios se hace Esperanza en el Cristo agonizante.
de Salzillo, que musita una plegaria:

"Padre, en tus manos encomiendo mi Espíritu".

Lunes Santo.

Todo lo humano es perecedero.

Perdiéronse en los espacios los vítores y aclamaciones,
que rompieron el silencio entre los muros de Jerusalén.

Ya miden la tierra las palmas blancas,
que rubricaron el aire para dar la bienvenida
al Nazareno.

Ya desaparecieron de aquellos mantos, tendidos
al suelo, las pisadas del pollino que condujera a Cristo.

Y arden en los hogares de Jerusalén
los ramos de olivo que saludaran al Hijo de David.

La humanidad olvida pronto. Es voluble.

Ha bastado un solo día para que el "hosanna"
se convierta en murmuración y venganza.

Y llegó el lunes. Tras el triunfo del día anterior,
el comienzo de una derrota.

Tras el éxito de un día, el fracaso de una semana;
tras la alegría y la vida, la derrota y la muerte.

Así lo quiso Dios.

Tanto amó Dios al mundo que nos entregó a su Unigénito
Hijo...”.

¡Lunes de la Semana Mayor!

En tu noche serena, transparente, pintada con
la luz de luna llena,
el Santísimo Cristo del Perdón, clavado en la Cruz,
con sus brazos abiertos y su pecho ensangrentado,
llena de amor y silencio las calles y plazas
de la ciudad, buscando cobijo en el corazón de los hombres.

Y así, peregrinando amor, derramando bondad a
borbotones por la llaga abierta de su costado roto,
deja su templo, año tras año, desde hace muchos,
para recorrer las calles murcianas con ansias de perdón.

¡Lunes de la Semana Mayor!

Una explosión de flores te recibe cada primavera.

Una luna llena te ilumina cada año.

Una sinfonía de aromas te saluda cada abril.

Ya lo dijo el poeta cantando nuestra Semana Santa :

“Y sube hasta el mismo cielo

el olor al incensario

en que el sol quema piadoso

la blanca flor del naranjo”.

Martes Santo.

Del barroco rincón de San Juan de Dios,
sale el Cristo de la Salud.

Es un Cristo moribundo, en cuyos ojos semicerrados
se advierte una llamada a la salvación :

“El que pierda su vida por Mí y por el Evangelio,
la salvará...”.

Y entretanto, Nuestro Padre Jesús del Rescate
cruza bajo el Arco de San Juan, serena la mirada,
atadas las manos.

¿Por qué argollas y esposas para unas manos
incansables de hacer el bien...?

“Todo lo hizo bien : curó a los enfermos,

dio de comer a los hambrientos,
dio la vista a los ciegos, resucitó a los muertos...”.

Miércoles Santo.

Es la procesión del Cristo de la Sangre.

La de los “coloraos”.

Viene a suceder cuando la tarde se pone mustia,
cuando el horizonte se tiñe de rojo.

Culmina el cortejo sacramental con la sagrada
Imagen del Cristo Caminante, símbolo eucarístico de
la Sangre de Dios.

Un chorro mana y brota de su costado roto.

Un coro de ángeles del cielo recogen la Vida que
se escapa para venir a nosotros,
con promesas de eternidad,
en un cáliz fundido de rayos de sol.

“En verdad, en verdad, os digo que si no coméis
la Carne y no bebéis la Sangre de este Hombre,
no tendréis vida en vosotros...”.

“Quien come mi Carne y bebe mi Sangre tiene vida eterna
y yo lo resucitaré el último día,
porque mi Carne es verdadera comida y mi Sangre
verdadera bebida”.

Jueves Santo.

“Y cantados los salmos, salieron para el Monte de
los Olivos. Y cuando llegó al huerto con sus discípulos,
les dijo: Me muero de tristeza. Quedaos aquí y estad en
vela conmigo. Y adelantándose un poco, cayó rostro en
tierra y se puso a orar diciendo:

Padre, si es posible que se aleje de Mí este cáliz.
Sin embargo, no se haga lo que yo quiero, sino lo que Tú”.

En plena oscuridad y
como un destello luminoso de la Divinidad,
la Imagen del Santísimo Cristo del Refugio.

¡Refugium peccatorum! ¡Refugio de pecadores!

El Cristo del Silencio. Que nos invita a eso: a callar.

El Cristo muerto, con una expresión
de profunda caridad y serena acogida.

Un Cristo hermoso, dulce, que nos invita al amor,

a la contemplación, a la ternura, a la misericordia,
al silencio...

El Cristo que acogía a los pecadores y comía con ellos.
Un Cristo con los brazos abiertos,
que invita a permanecer junto a El.
¡El Cristo de los Refugiados!

Mañana del Viernes Santo.

Lo captó un gran poeta —y yo lo ratifico— :
“El alma en primavera tiene flores”.

Pero, ya por mi cuenta, os aseguro
que estas flores, en Murcia
y en el místico ambiente
de nuestro Viernes Santo,
se hacen Sangre de Cristo y abalsaman
la estática mañana enternecida”.

La procesión del Viernes Santo es
la máxima expresión de fe de un pueblo,
que se incorpora y vive el augusto drama de la Cruz.

La Cofradía de N. P. Jesús Nazareno siempre
tuvo a gala y honor haber conservado con su titular
—La Imagen de N. P. Jesús Nazareno—
las más puras esencias de tradición y continuidad,
armonizándolas con la espléndida conservación
del tesoro de fe y arte de las imágenes de Salzillo
en el espléndido marco de su privativa Iglesia de Jesús.

Ni la Cofradía, ni el propio Salzillo, pensaron nunca
sustituir la venerada imagen de N. P. Jesús.

Salzillo talló imágenes colosales, grandiosas,
como el Cristo del “Paso” de la “Caída”.

Pero para él, N. P. Jesús Nazareno fue como el norte y la
guía de su artística y devota inspiración,
que iría plasmando con el tiempo en sus imágenes.

Sabía él muy bien que Murcia profesaba una honda
devoción al Nazareno, a quien acudía en situaciones
críticas en demanda de protección y auxilio.

Viernes Santo por la mañana,
en nuestras calles el Nazareno,

“su nombre Jesús. El Hijo de María. Su oficio carpintero.
Treinta años puliéndose el madero,
para tres lentas horas de agonía.
Jerusalén... Betsaida... La alegría
de un loco Tiberiades... el sendero
de la casa de Marta... el hormiguero
de hosannas por su frente todavía...
Jesús de Nazaret; Cristo prendido:
tres años de cosechas y nublados
dándose en su palabra iluminada.
Cristo muerto en la Cruz; escarnecido:
una esponja con hiel, unos soldados
y una mujer que llora desolada”.

Noche del Viernes Santo.

Jesús Nazareno, el de los azotes, el de la corona de espinas
el de la calle de la amargura,
llegó hasta el Calvario y fue colgado en la Cruz.

“Y junto a la Cruz de Jesús, su Madre
y las mujeres que le acompañaban...
y cerca de la hora nona, clamando con voz potente, expiró”.

Su muerte es una muerte serena, como de quien
muere amando, perdonando. María acoge en el regazo
el cuerpo desmadejado y roto de Jesús.

La Virgen de las Angustias sobrecoge, conmueve,
suscita el llanto...

La Virgen de las Angustias se abre como una rosa,
a la compasión y a la plegaria.

María contempla con sereno dolor el cuerpo
inerte de Jesús...

Nicodemo y José de Arimatea introducen
el sagrado Muerto en la sepultura.

Y Juan Evangelista podrá dar testimonio
“de que habiendo amado a los suyos,
los amó hasta el extremo”.

“Dame tu mano, María,
la de las tocas moradas.
Clávame tus siete espadas

en esta carne baldía...
Aquí, en mi torpe mejilla
quiero ver si se retrata
esa lividez de plata,
esa lágrima que brilla.
Deja que en lágrimas bañe
la orla negra de tu manto
a los pies del árbol santo
donde tu fruto se mustia.
Capitana de la angustia :
no quiero que sufras tanto”.

Y después de la muerte, la Resurrección.

La muerte de Cristo es el paso hacia la Vida y la
Glorificación.

“¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?
¡No está aquí; ha resucitado!”.

¡Exultet jam angélica turba coelorum...!

¡Alégrense por fin los coros de los Angeles...!

Porque rotas las cadenas de la muerte

Cristo asciende victorioso del abismo.

¡Exultet...!

Que se haga luz hasta los confines de la tierra,
Y la alegría se desborde en el corazón de los hombres,
que renazca la esperanza,
que surja con fuerza la vida,
y que el amor se derrame impetuoso
en la trama abigarrada de nuestras relaciones.

Os lo anuncio, al mismo tiempo, con fuerza y con temblor :

¡Cristo ha vencido la muerte!

¡Cristo ha resucitado!

Y lo anunciamos con la fuerza que surge del Evangelio,
poder de Dios para todo creyente;
y con el temor de que nuestro grito siga
siendo una voz que se apaga en el desierto inhóspito
de nuestra existencia cotidiana.

Quiere ser mi voz el grito de la Iglesia,
que proclama impaciente la fidelidad de su Señor :
fidelidad hasta la muerte y más allá de la muerte,
fidelidad que testifica al hombre nuevo, al hombre libre,

al hombre divinizado que todos anhelamos
en lo más profundo de nuestro ser.

Quiere ser mi voz la antorcha que,
inflamada en el cirio pascual símbolo de la resurrección,
abrase la vejez y la decadencia del mundo injusto
que nosotros mismos hemos fabricado.

Quiere mi voz proclamar hasta la agonía
que vale la pena vivir y luchar
amar y sufrir
cantar y arriesgar,
porque Cristo ha vencido la muerte.
¡Cristo ha resucitado!

Y este acontecimiento, señores,
es el que nos mantiene en vela esta Semana Santa,
el que nos hace vivir, sentir, ahondar
en el misterio de Jesús de Nazaret,
que muriendo destruye nuestra muerte,
y resucitando nos da vida eterna.

Estamos en la Semana de la gracia, del perdón y del amor.
La semana, en que los pobres de la tierra,
se sienten bienaventurados, porque Cristo es la fuerza
que les impulsa a salir de su pobreza.

Esta es la semana de los que sufren y lloran,
porque su bienaventuranza se ilumina
desde la vida nueva en plenitud.

Esta es la semana de los que arriesgan su vida
por la justicia y la paz,
porque el triunfo de Cristo sobre la muerte,
es su propio y verdadero triunfo.

Esta es la semana de los que sufren la injusticia
en la tortura, el desprestigio o la cárcel,
porque su camino termina en resurrección.

Esta es la semana del que vive en el silencio,
en la soledad del trabajo,

en la amargura del sufrimiento,
en la sinrazón de la vida,
porque Cristo les descubre el misterio glorioso de
su existencia.

Esta es la semana en la que todos los marginados
de una sociedad opulenta y farisaica,
pueden aspirar, como los publicanos y las prostitutas,
a las primicias del Reino de Dios.

Esta es la semana de la liberación,
la semana del paso del Señor por enmedio de su pueblo.
Quiere ser este pregón flecha o espada afilada
que hiera nuestro corazón, de hombres y de mujeres,
y nos haga descubrir que el amor de Dios nos acosa,
nos impulsa, nos apremia.

Los que dinero buscáis y robáis por conseguirlo,
los que la idolatría vivís de vuestro propio egoísmo,
y camufláis con prestigio la falsedad de vuestras vidas,
asomaos a este misterio de gracia, de vida y perdón:
¡Cristo ha vencido la muerte. Cristo ha resucitado!

Vosotros que ambicionáis el dominio y el poder,
que legisláis en vuestro propio provecho,
y defendéis con las armas el orden que os conviene,
no busquéis entre los muertos a Cristo Resucitado.

Vosotros que encerrados en vuestro propio egoísmo
dais la espalda a la justicia, a la solidaridad, al amor,
y vivís esclavizados de la sociedad de consumo,
que insatisfechos os deja,
no busquéis entre los muertos a Cristo Resucitado.

Esta debe ser nuestra semana,
esta debe ser nuestra pascua,
si en un vergel convertimos el desierto de nuestra vida
y nuestro corazón abrimos a Cristo Resucitado.

El pregón de esta semana
no es un canto a la tristeza, ni al sufrimiento ni a la agonía
no es un canto al desaliento, a la pereza, a la rutina,

no es un canto a las tradiciones anquilosadas y muertas,
no es un canto a la muerte ni al sepulcro,
ni es un canto a las procesiones entendidas como festejo
o como folklore,
ni es un canto a las cofradías muertas, sin espíritu,
anquilosadas a la letra del pasado.

Nuestro pregón es un canto al Dios que vive
en Cristo Resucitado,
y por lo tanto es un canto a la vida, a la libertad,
es un canto al amor, a la gracia, al perdón,
es un canto a la renovación, a la creatividad.

Es un canto a las procesiones vividas en espíritu
y verdad, sin falsedad, sin engaño, sin hipocresía,
a las procesiones que rezuman fe, fervor, recogimiento,
autenticidad, seriedad,
a las procesiones que transmiten el mensaje auténtico
de Jesús de Nazaret, de una manera sencilla pero
profundamente evangelizadora.

Nuestro pregón quiere ser un canto a las Cofradías,
llenas de vida y vigor, injertadas en Cristo Resucitado,
valientemente comprometidas en el anuncio de la "buena
nueva" de Jesús de Nazaret,
abiertas a las inquietudes eclesiales del momento actual,
con capacidad para la renovación y la creatividad,
dejando atrás los odres viejos de la rutina, el
anquilosamiento, y la vulgaridad.

Cofradías, que sin renunciar al genuino espíritu de su
fundación, sean capaces de transmitir un mensaje liberador
a los hombres de nuestro tiempo, con métodos y
procedimientos actuales.

Cofradías vivas, renovadas según el espíritu conciliar,
dinámicamente lanzadas, no reliquias del pasado, y mucho
menos momias petrificadas.

Nuestro pregón quiere ser un canto al nazareno de verdad,
al que es y se siente nazareno,
no al que hace simplemente de nazareno o sale en la
procesión.

Un canto al nazareno por esencia, por naturaleza, por
convicción, porque vive su fe en Cristo Resucitado, siente

su fe y transmite su fe de una manera activa, responsable y comprometida.

No a los que van porque los vean,
o a lucir su túnica por la calle en un festejo más.

El verdadero nazareno considera la procesión de Semana Santa, a la que asiste, como una parte de esa otra procesión de cada día, donde de verdad ha de seguir a Cristo, en la cruz del deber, siendo verdadero testigo de Cristo en su trabajo, en su familia, y en la sociedad en la que vive inmerso.

Y voy a terminar.

Os invito a tener —como el mismo Cristo— una actitud de humildad, de pobreza, de autenticidad, de limpieza de corazón, de entrega a los demás, de lucha por la justicia y por la paz, al comenzar la semana mayor de los cristianos.

Pues solamente son felices :

Los pobres que combaten la miseria no querida.

Los sencillos que quieren la tierra en heredad.

Los que lloran su audacia y su esperanza en la cárcel o el destierro.

Los que tienen hambre de pan y de justicia, y sed de libertad.

Los que piensan y actúan limpiamente.

Los que luchan, cada día, sin descanso, por la paz.

Los que son perseguidos por justos y exigentes.

Los que son odiados, porque buscan un mundo compartido, transparente, y un hombre liberado de verdad.

Los que, sin trampa ni hipocresía, en sus corazones viven estos días la fe, la gracia y el perdón.

¡Semana Santa Murciana,
la semana de la fe,
de la esperanza, del amor, del perdón,
la semana de la Luz, de la Verdad, de la Vida,
la semana de los hombres libres, renovados,
porque Cristo, nuestro Pastor,
ha muerto y ha resucitado. Aleluya!